

MELANIA SEBASTIÁN

# PLAYA SOLEDAD



MELANIA SEBASTIÁN

PLAYA SOLEDAD



© Melania Sebastián Marino, 2023

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency,  
Barcelona, España.

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 21.710-2022

ISBN: 978-84-670-6760-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es).

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Rodesa, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Sofía Amoretti abrió los ojos y se incorporó, dándose por vencida. Nunca había conseguido dormir en un avión y esta vez no iba a ser diferente. Sacó un caramelo de nicotina del bolso y se lo metió en la boca.

Miró a su alrededor aburrída. Era noche cerrada, hacía rato que habían servido la cena y muchos pasajeros dormían. Su compañero de asiento había guardado la tableta y la prensa naranja, se había encajado unos auriculares de los caros sobre sus impecables canas y estaba viendo una película. Sofía estiró el cuello hacia su izquierda tanto como pudo, intentando adivinar cuál habría sido la elección. Por la pinta del caballero, habría apostado a que se trataba de una persecución de coches deportivos o de un cruce de mamporros entre americanos musculosos. Se encontró, sin embargo, con un primer plano de la irresistible sonrisa de Tony Soprano.

Nunca había encontrado una explicación convincente a su debilidad por Tony Soprano y sintió cierto alivio al comprobar que quizás fuera el actor, y no el personaje, quien le atraía. Aunque tampoco era fácil explicar qué era lo que podía gustarle de un tipo como Gandolfini. Sus mejores amigos no se cansaban de repetirle que una mujer de su edad y su posición debía interesarse por hombres en buen estado de forma, elegantes, educados, bien peinados, bien olientes y a ser posible con posibles, como el pijo que tenía al lado; pero, por alguna razón, esos hombres convenientes solo le provocaban ganas de bostezar.

El pijo pausó la película sin previo aviso, se quitó sus auriculares de diseño y se dirigió a ella con cierta arrogancia:

—*Enough said.*

Las palabras cogieron a Sofía desprevenida, en parte porque estaba prácticamente segura de que no había dicho nada inadecuado, al menos no en voz alta, y en parte porque creía que un tipo que se hacía un vuelo de ocho horas con camisa azul de vestir con las iniciales bordadas solo podía ser español, los pijos americanos son más de polo, pensó.

—*I beg your pardon?* —dijo ella en el inglés más relamido que supo entonar.

—Esta película —el pijo la sacó de dudas arrastrando las eses de su español nativo—, se llama *Enough said*. Le resultará más cómodo verla en su propia pantalla.

—Pues tiene usted razón —contestó Sofía a la vez que forzaba la más genuina de sus sonrisas falsas—. Menos mal que me lo ha dicho, porque estaba a punto de descoyuntarme.

El hombre volvió a empotrarse sus auriculares sin el menor interés por lo que Sofía tuviera que añadir. Ella borró su sonrisa, le dedicó un amplio bostezo y miró su reloj. Quedaba una hora y media para aterrizar en Madrid; en menos de una hora empezaría la retahíla de mensajes inútiles del comandante y su tripulación por la megafonía del avión, así que no daba tiempo a ver ninguna película. Aun así, la buscó: *Enough said*. Había oído hablar de ella, sabía que era la última película de Gandolfini, rodada justo antes de que al pobre le diera un infarto mortal en un hotel de Roma, pero no la había visto. El cartel le pareció interesante. Gandolfini se había dejado barba. Posaba sonriente, sentado en un bordillo junto a la chica de la película. Decidió ver el tráiler. Se trataba de una comedia romántica con argumento aparentemente simple: una mujer divorciada, que podría ser ella, tenía una historia de amor con un hombre divorciado, que podría ser Tony Soprano. La idea prometía. Volvió a ver el tráiler y lamentó no haber descubierto la película un par de horas antes.

Abrió el bolso y sacó lo que ella llamaba su cuaderno 3D. Hacía ya varios años que en la portada del cuaderno había escrito «Diario Darío Doria», de ahí lo de 3D. Darío Doria era su psicoanalista y Sofía utilizaba el cuaderno para anotar todo aquello que ella consideraba que debía recordar. Cada vez que salía de la consulta hacía alguna anotación. En muchas ocasiones, simplemente era la fecha y un breve «Nada relevante», pero también había sesiones en las que rellenaba páginas con sus notas sobre las conversaciones con Darío. Además, entre sesión y sesión anotaba ideas o pensamientos que consideraba que debía comentar a su analista, lo cual la ayudaba, o eso creía ella, a sacarle el máximo partido a la pasta que se dejaba todos los meses en terapia.

Abrió el cuaderno por la primera página en blanco y anotó: «¿Por qué me pone James Gandolfini?». Miró su frase, la tachó y en su lugar escribió: «¿Qué es lo que me atrae de Tony Soprano?», pero también tachó esa versión y la sustituyó por: «¿Me gusta James Gandolfini o Tony Soprano?».

La serie *Los Soprano* era uno de sus temas de conversación recurrentes. Había tantos argumentos sobre la razón de su éxito como devotos de la serie, y ella seguía pensando que había algo más que aún no se había dicho. Era fácil comparar a Tony Soprano con Vito Corleone, pero ella veía más diferencias que similitudes entre ambos mafiosos, y lo que le interesaba eran precisamente esas diferencias. Se sentía identificada con esa debilidad del hombre poderoso que tiene los mismos miedos que tenemos todos y va semana tras semana a la consulta del psicoanalista aunque no crea en el psicoanálisis. Pero lo grave era que además de identificada, se sentía atraída por él, por un asesino despiadado al que racionalmente detestaba, o quizás solo se sentía atraída por Gandolfini, un tipo gordo, calvo, torpe y encima muerto. Volvió a fijarse en el cartel de la película. Había pocas miradas capaces de transmitir tanta ternura como la de Gandolfini, eso era indudable. Abrió de nuevo su cuaderno 3D y anotó: «La ternura es un bien escaso».

El avión aterrizó puntual. Sofía calculó que, estando en la terminal 4, quedaban unos cuarenta y cinco minutos para que su maleta saliera por la cinta. El avión aún no se había detenido cuando empezaron a sonar los mensajes en los teléfonos móviles recién encendidos y los clics de los cinturones de seguridad desabrochándose. En pocos segundos los pasillos se habían convertido en una masa compacta de pasajeros incrustándose los equipajes de mano los unos a los otros, a pesar de que aún no se habían abierto las puertas. Los aviones pertenecen a una dimensión inexplorada del comportamiento humano, pensó, en la que ciertas convenciones como la compostura, el comedimiento o la necesidad de mantener un espacio vital dejan de ser válidas; alguien debería estudiar esto.

Justo cuando la cola empezaba a moverse, el cretino de la camisa azul se incorporó a empujones a la aglomeración y se despidió de ella con una mirada de desprecio. Sofía le saludó alzando la cabeza, mientras pensaba: «No pasa nada, guape-tón, tú tampoco eres mi tipo». Se comió el último caramelo de nicotina y, una vez que el pasillo se hubo despejado, salió tranquilamente.

Caminaba con desgana hacia la salida de la terminal cuando oyó una voz a su derecha:

—¡Sofía Amoretti!

De entre todas las personas a las que no le apetecía nada ver en ese momento, tenía que cruzarse precisamente con un directivo de la competencia.

—Hombre, Ramón, cuánto tiempo —le saludó Sofía con frialdad.

—¿Qué haces tú por aquí? —preguntó el hombre sonriente.

—¿En Barajas? He venido a hacerme la cera.

—Hay que ver, con lo menudita que eres, la mala leche que tienes —contestó él entre risas.

—¿Y tú qué? —preguntó Sofía—. ¿Trabajo o placer?

—Me apuesto lo que quieras a que vienes de Hamburgo —insistió él—. ¿Me equivoco?

—Un millón de euros.

—¿Cómo?

—Has dicho que te apuestas lo que yo quiera, ¿no? Pues quiero un millón de euros.

—Déjate de chorradas. ¿Has estado en Hamburgo?

—Si no aflojas la pasta, te vas a quedar con las ganas de ver mi tarjeta de embarque.

—Mira que eres. Pues, lo creas o no, justo estaba pensando en llamarte.

—No te molestes, Ramón, por teléfono tampoco te voy a pasar mi agenda.

—Escúchame un momento, joder. ¿Te llamo luego y hablamos? Deberíamos coordinar las tarifas para los alemanes.

—¿No estarás hablando en serio?

—Totalmente.

—Pero ¿tú no sabes que acordar precios es ilegal?

—No tiene por qué enterarse nadie.

—Mira, haré como que nunca me has propuesto semejante cosa, ¿te parece?

—No podemos seguir así, Sofía. Como sigáis tirando precios vais a hundir el sector —la sonrisa de Ramón se había esfumado—. Y supongo que sabes que vender por debajo de costes también es ilegal.

—No vendemos por debajo de costes. Lo que pasa es que como yo no le pago los vicios a los clientes, tengo más margen que tú. Igual deberías probar.

—¿Qué vicios?

—Las putas, la cocaína... Esas cosas que te gustan a ti.

—Tú qué sabrás...

—Mucho más de lo que me gustaría saber, la verdad.

—Coño, Sofía, que estoy hablando muy en serio. Si no entras en razón, no voy a tener más remedio que hablar con tu jefe.

—Pues habla con mi jefe. A mí, como si te lo llevas también de putas. Oye, te voy a tener que dejar, que no quiero hacerle esperar a mi *esteticién*.

—Te vendrá bien, tienes mala cara. Ya sabes que los años no perdonan.

—A ti en cambio te queda de coña esa calvorota que te estás dejando.

—Qué cabrona eres. —Ramón volvió a cambiar el ceño fruncido por la sonrisa exagerada—. No sabes lo que me pone tu mala leche —dio un paso atrás para observar a Sofía de arriba abajo—. Y además de verdad. Sigues teniendo un buen polvo.

—Espero tener más de uno.

—¿Por qué no quedamos un día a tomar algo?

—¿De verdad crees que así vas a conseguir que entre al trapo?

—Podríamos pasarlo bien —Ramón no se daba por vencido.

—Bueno, ahora sí que te dejo, que es que se me ha revuelto el estómago —remató Sofía señalando la puerta que tenía a su izquierda.

Se dio la vuelta, y sin decir nada más, entró en el cuarto de baño. Aprovechó para lavarse la cara y la nuca con agua fría. Se miró en el espejo. Efectivamente, tenía mal aspecto. Solo de ver sus ojeras y sus arrugas remarcadas se sintió más cansada aún de lo que ya estaba. Acababa de cruzar el Atlántico después de quince días discutiendo con su jefe, y discutir en un idioma que no era el suyo le resultaba especialmente agotador. Pero lo que su rostro mostraba no era solo un cansancio físico, que también, sino más bien un cansancio vital. Llevaba un tiempo con la sensación de que se había metido en un bucle devastador del que no sabía cómo salir. No recordaba, por ejemplo, la última vez que se había reído con ganas, y eso tenía que ser un síntoma de que su vida no iba bien.

Volvió a pensar en esa sonrisa de Gandolfini que tanto le atraía. Si se paraba a pensar, Tony Soprano no era menos cafre que los hombres con los que ella se relacionaba a diario, pero era otro tipo de cafre, un cafre mucho más auténtico. A diferencia de los tipos como Ramón o como su jefe, Tony Soprano nunca había fingido ser lo que no era. Quizás la clave fuera esa.

Trató de desenredarse los rizos con los dedos, pero era imposible. Sacó una pinza del bolso y se recogió la melena en un moño improvisado. Se pintó los labios de rojo, se echó unas gotas de perfume y volvió a salir.

Nada más llegar a la sala de recogida de equipajes, se le acercó tímidamente un chico con gorra de béisbol y camiseta de los 76ers. El muchacho quería saber por dónde saldría su maleta y no sabía a quién preguntar. Sofía le señaló amablemente la pantalla en la que se leía claramente que el equipaje del vuelo procedente de Filadelfia saldría por la cinta 16. Entonces el muchacho se disculpó con una carcajada nerviosa y le explicó que estaba buscando *Philadelphia* con «P». Sofía caminó junto al chico unos pasos, pero no tenía ganas de mantener otra conversación, por lo que sacó el móvil del bolso y se detuvo, dejando que el chico se alejara. Aprovechó para encender el teléfono, que aún seguía en modo avión. No tenía ningún mensaje. Decidió hacer tiempo buscando la etimología de Philadelphia en Google. Tenía toda la pinta de venir del griego; el significado de *philia* era obvio, pero no conseguía adivinar el significado de *delphia* o quizás *adelfia*... ¿Amor a las adelfas? No parecía muy probable. Pronto salió de dudas: *adelphos* significaba «hermano»: Filadelfia era la ciudad del amor fraternal, quién lo hubiera dicho.

Inevitablemente, su siguiente pensamiento fue para su hermano Gabriel. Llevaban tiempo sin hablar. Le entraron ganas de enviarle un mensaje, pero antes de encontrar su nombre en la agenda, se detuvo. Por el punto más extremo de su ángulo de visión acababa de pasar el mismísimo James Gandolfini. Obviamente no podía ser él, su inconsciente aca-

baba de jugarle una mala pasada. Volvió la cabeza con curiosidad y observó al hombre que andaba despacio hacia la salida. Era corpulento y calvo, quizás algo más bajo que Gandolfini y sin duda más viejo. Pensó en los mecanismos del cerebro que hacen aflorar los pensamientos ocultos de las formas más insospechadas y sonrió: tenía que contárselo a Darío. Pero entonces el hombre volvió la cabeza durante un instante y Sofía pudo verle la cara. El pánico la paralizó. No era Gandolfini, era su padre. Lo que le faltaba. Solía bromear con la posibilidad de estar perdiendo la cabeza, pero por primera vez sintió que el riesgo era real.

Miró la cinta 16, que empezaba a moverse. Intuía que la mejor forma de serenarse, por absurdo que pareciera, era correr hacia el hombre y confirmar que ni era Gandolfini, ni era su padre. Pero el hombre ya estaba casi en la salida, no llegaría a tiempo de alcanzarle antes de que pasara el control de seguridad y si salía, no podría volver a entrar a por su equipaje. Como última opción decidió gritar el nombre de su padre, «¡Emilio!», pero el hombre desapareció por las puertas correderas sin volverse.

Sofía caminó de lado a lado de la sala intentando recuperar la cordura. Tenía que tratarse de un parecido asombroso, no había otra explicación. Todo ha sido un espejismo fruto del cansancio, se repetía a sí misma una y otra vez sin llegar a convencerse.

En cuanto pudo agarrar su maleta, salió hacia la parada de taxis y miró a su alrededor, pero no había rastro de aquel hombre. Encendió un cigarrillo y caminó en paralelo a la cola de viajeros que esperaban taxi, aún con la esperanza de volver a verle. Cuando tuvo la certeza de que el hombre ya no estaba allí, se sentó en un banco. Necesitaba hablar con alguien. Buscó el número de Indalecio, su supuesta pareja, pero antes de marcarlo cambió de opinión. Nada de lo que Indalecio pudiera decir sería de ayuda en ese momento, él era más partidario de contar sus penas que de escuchar las

de los demás. Volvió a pensar en su hermano Gabriel y miró el reloj. Gabi no solía madrugar mucho y además no quería alarmarle, tampoco podía llamarle a él. Su rodilla derecha empezó a temblar arriba y abajo, sin control, cada vez más deprisa, así que volvió a ponerse en pie. Casi sin pensárselo, marcó el número de su hijo, aunque solo fuera por oír su voz: «Hola. Soy Ernesto. Déjame un mensaje».

Echó un vistazo a su lista de llamadas recientes y descartó nombre por nombre, hasta que finalmente se dio por vencida. La única opción era Darío.

Aún era pronto para llamarle, así que le escribió un mensaje: «Darío, necesito verte urgentemente». «La próxima sesión le va a encantar, pensó, anda que no le va a sacar jugo al parecido entre Tony Soprano y mi padre».

El móvil de Sofía sonó antes de que acabara de fumar su segundo cigarrillo.

—Sofía, ¿cómo has estado?

—¡Darío! Menos mal.

—Parecés angustiada.

—Vaya ojo tienes.

—Decime, ¿qué ha pasado?

—No sé por dónde empezar. —Hizo una pausa durante la cual Darío esperó pacientemente—. Estoy harta de este trabajo de mierda, Darío, no puedo más.

—No es la primera vez que decís eso.

—Ya, pero es que no es solo eso. También estoy preocupada por mi hijo, llevo un mes sin saber nada de él, como si se lo hubiera tragado una ballena... ¿En el Mediterráneo hay ballenas? —cogió aire antes de seguir—; y luego está Indalecio, que no tiene huevos para decirme que quiere volver con su exmujer, y como siga sin decidirse a dejarme, no voy a tener más remedio que dejarle yo, con lo mal que se me da eso.

—Entiendo. —Darío se había dado cuenta de que Sofía necesitaba un pequeño empujón para ir al grano—. Y aparte de todo esto, ¿te ha ocurrido algo hoy?

—Acabo de cruzarme con mi padre en el aeropuerto de Barajas. —Hizo una pausa para asegurarse de que Darío asimilaba la información—. Lleva nueve años muerto y yo acabo de verle, ¿qué te parece? Pero bueno, por lo demás, todo bien.

—Ya veo... Te puedo ver a las dieciocho treinta. ¿Te va bien?

—Sí, me va bien. —Sofía hizo una nueva pausa antes de seguir—. Darío, ¿qué se hace cuando se va todo a la mierda?

Darío conocía a Sofía lo suficiente para saber que la pregunta requería una respuesta antes de las dieciocho treinta.

—¿Qué creés vos que se hace?

Sofía le dio una calada al cigarrillo antes de contestar.

—Volver a empezar, supongo.

Esa misma semana, Sofía Amoretti, consejera delegada de Konigsberg Advisors, multinacional americana con sede en Filadelfia, Pensilvania, presentó su carta de dimisión.